

María, la Virgen de la Sangre

Mayo es el mes de María. En este mes hay tres fiestas dedicadas a María: el 12 de mayo, la Madre de la Misericordia; el 24 de mayo, María Auxiliadora; y el 31 de mayo, la Virgen de la Visitación. Estas fiestas marianas tienen un origen remoto en nuestros antepasados paganos europeos, que celebraban en primavera la fertilidad y la madre tierra con flores, bailes, fiestas de siembra... El 24 de mayo se conmemora en particular el regreso de Pío VII a Roma en 1814 después de su exilio napoleónico. Por eso el título original de nuestra Sociedad incluye la invocación de María, Auxilio de los Cristianos, y fuimos fundados el 15 de agosto de 1815, la fiesta de la Asunción.

Gaspar mismo nutría una devoción particular a María. Tenía un cuadro especial de María, la "Virgen del Cáliz". Hecho originalmente por un artista desconocido, Gaspar encomendó a una persona llamada Pozzi que añadiera la imagen de Jesús con un cáliz en la mano en el cuadro ya popular y usado por otros antes que él en las misiones. Usaba esta representación en el momento culminante de las misiones. En ese momento descubría la imagen y se podía ver a la Virgen extraordinariamente delicada y sonriente que representaba toda la atracción y la misericordia de la maternidad aún para los más duros de corazón. Ese momento lo llamaba "Sermón de la Victoria". La estampa tenía que colocarse en las casas y durante las misiones. Gaspar solía decir: "Qué hermoso es estar con María al pie de la cruz". Utilizaba a la Madre atrayente y bondadosa para invitar al pueblo a seguirlo espiritualmente al pie de la cruz.

En *Lumen Gentium* (67), el Concilio Vaticano II enseña que la devoción a María "procede de una fe auténtica que nos lleva a reconocer las excelencias de la madre de Dios y nos conduce a amar filialmente a nuestra Madre e imitar sus virtudes."

Estas características dignas de imitación vienen de los títulos marianos neotestamentarios que se usaban ya en el siglo segundo, en el que se la invocaba en las plegarias eucarísticas. Los títulos son: Madre de Dios y Nueva Eva. Ambos a causa de su relación con Jesús. Según una leyenda María murió en Efeso, lugar del templo quizás más famoso de la madre tierra, y donde la Iglesia la proclamó como Theotokos en el año 431 en el Concilio de Efeso. El título recuerda el término veterotestamentario de "Reina Madre" como "gebirah" cuya raíz alude a una mujer con la fuerza y las cualidades de un guerrero, una mujer que "corre con lobos".

Nuestra espiritualidad de la Preciosa Sangre nos lleva a estar con María en el momento de la Visitación a los marginados que dan a luz un orden mundial nuevo y justo entonando un cántico nuevo al Dios que los ama. Aquí es más bien el vaso o la copa sagrada, fuente de la sangre de Jesús; su leche, la fuente del crecimiento de Jesús. El arte eurocéntrico presenta rara vez a María embarazada, pero aquí está llena de encarnación. Nuestra espiritualidad nos lleva a estar con María al pie de la cruz donde ofrece el sacrificio de su Hijo; allí la imaginación artística la muestra tomando la Preciosa Sangre en su copa o aliviando el dolor de sus heridas y cubriéndolas con su velo; de igual manera nosotros estando con los marginados, "fuera de las puertas", en su sufrimiento y en el derramamiento de su sangre. El Papa Pío XII escribió en la *Mystici Corporis* (1943): "Fue ella quien lo ofreció en el Gólgota." Y el Papa León XIII en *Jucunda Semper* (1894): "Estaba junto a la cruz su madre, que voluntariamente ofrecía a su propio Hijo". Un acto verdaderamente sacerdotal. A la luz de muchos del Antiguo Testamento podemos considerar la sangre de las mujeres como sangre sagrada y dadora de vida. Por último, nuestra espiritualidad nos lleva a estar con María en medio de la primera comunidad el día de Pentecostés, como la describe Lucas en el libro de los Hechos, recibiendo el Espíritu y el poder de predicar y dar testimonio del Evangelio, tomando posición por el papel de la mujer en el ministerio total de la Iglesia, en una efectiva realización de la nueva Alianza.

No estoy solamente sugiriendo que traduzcamos nuestras reflexiones sobre María a un lenguaje moderno más atractivo, sino que lo que digo es que en la teología de la liberación y en la teología feminista encontramos fundamentos históricos para una renovación total de nuestra devoción a María y de su lugar en nuestra espiritualidad. Hay mucho que hacer en este campo al que me han llevado mis reflexiones sobre María.

(P. Alan Hartway, C.P.P.S., "*Reflections on the Woman of the New Covenant and Precious Blood Spirituality*" (Reflexiones sobre la mujer de la Nueva Alianza y la espiritualidad de la Preciosa Sangre), *The New Wine Press*, 25 de mayo de 1994)

Hay una persona cerca de la cruz, algunas veces de pie, otras deprimida, siempre llorando, que comprende la música de la noche. Aquí es donde se sitúa María, la Virgen de la Preciosa Sangre, en nuestra espiritualidad. Es una mujer de dolores que conoce la noche y el significado del alba.

María, madre no desposada, dice sí a un plan que solamente Dios puede concebir. Una mujer joven que un día descubre asustada que está embarazada. Ante las opciones que tiene que hacer sabe que habrá alguien que tratará de avergonzarla y acusarla. Pero piensa sobre todo en la persona que ama y en cómo se lo dirá. ¿La dejará o seguirá a su lado? Confundida y temerosa, corre a visitar a su prima Isabel para compartir con ella.

María, madre humilde, se sorprende de tanta atención que recibe su hijo. Tanto los pobres como los ricos vienen a visitarlo. Le presentan regalos lujosos, pero uno sobre todo le llama la atención: la mirra. Un regalo extraño para un niño. ¿No se usa la mirra al preparar un cuerpo para la sepultura?

María, refugiada política, huye con su esposo y su hijo a otro país escapando de la persecución. Su hijo ha causado todo un revuelo y suscitado la ira del gobernador. En su huida, mientras da el pecho al niño, sufre por las madres y los santos inocentes que no tuvieron la suerte de ver en sueños un futuro.

María, orgullosa de su hijo, lo lleva al templo y escucha las palabras del sabio que dice que estaba puesto para caída y elevación de muchos. Pensaba que hubiera tenido que esperar a que su hijo se recibiera para escuchar tantas ponderaciones. Pero en medio de los presagios del anciano, hay una clara predicción de un corazón traspasado. Y en ese momento se acuerda de la mirra.

María, madre turbada, descubre que su hijo de 12 años no está con ellos. Ella y su marido lo buscan por todas partes y finalmente lo encuentran en el templo. Enseñando a los ancianos. Se merecería un reproche pero, ¿se puede reprochar a un niño prodigio?

María, madre preocupada, pide a su hijo que intervenga en la fiesta de casamiento de un amigo. No quisiera que la pareja se encontrara en apuros por falta de vino.

María, madre confundida, se queda fuera de la casa mientras su hijo, aspirante a rabí, está adentro rodeado de prostitutas, recaudadores de impuestos y otra chusma. Esa sería una de aquellas flechas de la que hablaba el anciano. No comprende la conducta de su hijo. Ha trabajado demasiado. Ella quiere que vuelva a casa y que descanse.

María, madre afligida, está al pie de la cruz con sus manos y cabellos manchados con la sangre de su hijo agonizante. Ahora se entienden las palabras del anciano y el significado de la mirra.

María, madre fiel, escucha a su hijo agonizante que se preocupa de su futuro. No quedará sola. Su amigo más cercano, Juan, la cuidará. Y ella a él.

María, madre sufriente, recibe en sus brazos el cadáver de su hijo. ¿Hay una herida más dolorosa o duradera que ésta, la de una madre que tiene el cuerpo exánime de su hijo primogénito? Sus lágrimas se mezclan con la sangre que brota de la frente de su hijo. Recuerda cuando lo tuvo en brazos por primera vez aquella noche lejana en que brillaban las estrellas y el futuro estaba abierto. Ahora lo tiene por última vez. No hay estrellas ni hay sol. Tampoco un futuro. Sólo tinieblas, oscuridad y recuerdos.

El recuerdo de la mirra.

(P. Joseph Nassal, C.P.P.S., Passionate Pilgrims (Peregrinos apasionados), No. 13 de la Serie de Recursos, The Messenger Press, Carthagen, Ohio, 1993, pp. 101-103)